

LA FAMILIA: TALLER DE HUMANIDAD (Moral y familia)

Transcripción de la conferencia pronunciada
por el Profesor Pablo Guerrero Rodríguez

Aula de Teología
4 de marzo de 2008

INTRODUCCIÓN

Mi intervención va a estar dividida en tres partes:

En primer lugar, bajo el título “Secretos de las familias sólidas”, reflexionaré sobre las cualidades que están presentes en las familias que funcionan.

En el segundo apartado, “Escuchar las preguntas reales”, abordaré una serie de problemas que afectan actualmente a la vida real y concreta de las familias. Como es lógico, no podrá ser una serie exhaustiva; también intentaré no repetir temas que ya hayan sido abordados en otras conferencias de este ciclo.

Concluiré, en el tercer punto, “Ética, familia y pastoral”, con una serie de consideraciones en torno a la pastoral familiar, en la que intentaré recoger lo apuntado en los dos apartados anteriores.

Como ya saben, el tema de la familia ocupa y preocupa; se hace evidente que bien como sujeto de derechos, bien como sujeto de protección legal, o bien como destinataria de planes de protección o de estudios, la familia está de moda.

Quizás nos vamos haciendo conscientes de la importancia que tiene la familia como primer núcleo de solidaridad entre las generaciones. Quizás vamos siendo más conscientes de dos urgencias que llaman a nuestras puertas: por una parte, la alarmante bajada de natalidad en los países occidentales, con consecuencias económicas, en muchos casos, para nuestros sistemas de atención y seguridad social; y por otra, nos damos cuenta de que las familias constituyen un colchón necesario para que determinadas situaciones sociales puedan tener una respuesta satisfactoria. Todo esto lo conocen los gobiernos:

A finales de los años 70, el Parlamento Europeo invitaba a que la política familiar formase parte de todas las políticas comunitarias.

A finales de los 80, la Comisión y el Consejo Europeo aprobaban disposiciones en relación a la familia; bien es verdad que tenían escaso valor jurídico, pero tenían un importante valor simbólico.

A finales de los 90, el Congreso de los Diputados de nuestro país, señalaba los grandes ámbitos que debe desarrollar una política integral de apoyo a la familia; política que ningún Gobierno ha puesto todavía en funcionamiento, pero que sí diseñaba los principales problemas de la familia española: la conciliación entre la vida laboral y la vida familiar; la atención a las personas mayores; la sanidad; la atención al menor; la educación; las adopciones; la política fiscal y de rentas; el tema de las familias numerosas, su atención y protección; los conflictos familiares; la prevención de la violencia en la familia, etc.

Hoy por hoy, poca gente duda de que la familia es la ONG más importante de nuestra sociedad: el cuidado de los ancianos, de los niños, de los enfermos, de los discapacitados, el sustento de los parados... tienen lugar, básicamente, en el ámbito familiar.

¿Funcionaría nuestra red hospitalaria, sin el apoyo que los jubilados y los familiares suministran a los enfermos ingresados? Si las abuelas se declararan en huelga, ¿podrían trabajar hoy los dos miembros de la pareja? Son algunos de los muchos ejemplos que podríamos citar.

¿Tratamos a la familia como se merece? ¿Admiramos el milagro permanente que se sucede en cada hogar, o simplemente nos hacemos eco de discursos, casi apocalípticos, sobre la familia? ¿En qué términos hablamos sobre la familia? ¿Cómo la miramos? ¿Cómo la miran nuestras instituciones educativas, sanitarias, eclesiales, políticas, sindicales...? ¿Qué hemos hecho por la familia? ¿Qué hacemos por la familia? ¿Qué debemos hacer por la familia?

Creo que, ante los datos con que se nos inunda, lo que tenemos que hacer es preguntarnos acerca de la actitud con que recibimos los datos sobre la realidad y, en concreto, sobre la familia. Eso es lo que está en el trasfondo de esta charla. Quiero recordarles unas palabras que el Beato Juan XXIII pronunciaba en los inicios del Vaticano II:

En el cotidiano ejercicio de nuestro ministerio pastoral llegan a veces a nuestros oídos, burlándonos, ciertas insinuaciones de almas que, aunque con celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Tales son quienes, en los tiempos modernos, no ven otra cosa que prevaricación y ruina. Van diciendo que nuestra hora, en comparación con las pasadas, ha empeorado, y así se comportan como quienes nada tienen que aprender de la historia. Más, nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos, como si fuese inminente el fin de los tiempos. En el presente orden de cosas, en el cual parece apreciarse un nuevo orden de relaciones humanas, es preciso reconocer los arcanos divinos de la providencia divina que, a través de los acontecimientos y de las mismas obras de los hombres, muchas veces, sin que ellos lo esperen, se llevan a término haciendo que todo, incluso las fragilidades humanas, redunden en bien para la Iglesia¹.

Les invito a situarnos, en esta charla y en el diálogo posterior que mantengamos, en la línea que apuntaba Juan XXIII, es decir, una perspectiva que surge de una mirada esperanzada; una mirada cariñosa y respetuosa a nuestro mundo, a nuestras sociedades, a nuestras familias; una mirada que, antes que amenazas y riesgos, lo que ve son auténticas oportunidades y desafíos.

Como señalan nuestros obispos, *las amenazas y riesgos del presente pueden ser entendidas, bien como desestabilizadoras, bien como ocasión y punto de partida de la renovación. No existe un determinismo que conduzca a nuestras iglesias a una situación residual; nada justifica nuestra desesperanza, ni antes estábamos tan bien, ni ahora estamos tan mal. Los tiempos actuales no son menos favorables para el anuncio del evangelio que los tiempos de nuestra*

¹ BTO. JUAN XXIII, Discurso de inauguración del Concilio Vaticano II el 11 de octubre de 1962, 9-10

historia pasada. Esta fase de nuestra historia, con todo lo crítico, inhóspito y poco permeable que lleva consigo, es para nosotros un tiempo de gracia y conversión.

Juan Pablo II nos ha dicho que la historia presente no está cerrada en sí misma, sino abierta al Reino de Dios. No se justifican, por tanto, ni la desesperación, ni el pesimismo, ni la pasividad².

1. SECRETOS DE LAS FAMILIAS SÓLIDAS

En el año 1985, Nick Stinnett y John De Frain, publicaron los resultados de una investigación realizada en Estados Unidos con 3.000 familias, en su libro *Secrets of Strong Families*³. Dicha investigación, tanto cuantitativa como cualitativa, en el ámbito familiar, es un caso único; en ella trataban de señalar qué características, qué cualidades, tenían en común las familias sólidas, robustas, vigorosas. Es un tema que hoy, un cuarto de siglo más tarde, sigue teniendo una importancia capital.

Ambos autores concluían que las familias “sólidas” comparten seis cualidades:

a) *El compromiso mutuo. La entrega.* En estas familias, la unión es muy valorada; sus miembros intentan promover el bien y la felicidad de los otros componentes de la familia.

b) *El aprecio, agradecimiento.* En estas familias se muestra el cariño, la ternura, el aprecio, el agradecimiento, como algo connatural. Saben, como sabemos nosotros, que la fuerza que más moviliza al ser humano es el agradecimiento. Y saben, como sabemos nosotros que la fuerza que más inmoviliza al ser humano, es el miedo.

c) *La comunicación.* En estas familias se dedica tiempo, cuantitativa y cualitativamente significativo, a la comunicación, al diálogo.

d) *Tiempo compartido.* En este tipo de familias, sus componentes comparten su tiempo, al igual que en el punto anterior, no sólo cuantitativo sino también cualitativo.

e) *Bienestar espiritual.* Entendido, no sólo en el sentido religioso, sino en el sentido amplio de la palabra. Estas familias tienen una fuerza de cohesión que las une. Algo, en el interior de cada persona, las impele a relacionarse y promueve amor, capacidad de compartir y compasión hacia los otros.

f) *Capacidad para afrontar problemas.* Estas familias no niegan los problemas, sino que los afrontan; sus miembros son capaces incluso de ver los problemas, las crisis, como ocasiones para crecer.

Estos eran los secretos de las familias “sólidas” de los años 85. En 1996, la famosa psicóloga norteamericana, Mary Pipher, escribe un libro, muy famoso en EEUU, *The shelter of each other*⁴, -que inexplicablemente, no se ha traducido al castellano- en el que volvía a abordar el tema de las cualidades que comparten las familias “sólidas”.

² OBISPOS DEL PAÍS VASCO Y NAVARRA, *Renovar nuestras comunidades* (Cuaresma-Pascua 2005), n. 38.

³ N. Stinnett y J. DeFrain, *Secrets of Strong Families*, Boston, 1985

⁴ M. Pipher, *The Shelter of Each Other. Rebuilding our families*, New York, 1996

A continuación voy a reflexionar sobre alguno de los elementos que ella señala y que, por supuesto, en ningún caso deben entenderse como independientes unos de otros; son características que necesitan comportarse sinérgicamente, es decir, apoyándose y potenciándose unas a otras.

Es muy importante considerar estos elementos a la hora de emprender una reflexión sobre ética y familia. Como acertadamente señala Marciano Vidal, la vida familiar presupone, conlleva y origina un contenido ético. En toda familia existe, de hecho, un “ethos” vivido. Por otra parte, las instancias morales, como la Iglesia, como la sociedad, proyectan sobre la familia un ideal ético que constituye la moral formulada de la vida familiar en concreto. Ahora bien, no todas las propuestas éticas -moral formulada- ni todos los sistemas de valores –moral vivida-, que tratan de iluminar y configurar el camino ético de la familia, alcanzan las suficientes cotas de humanidad y de criticidad consigo misma. Por eso conviene preguntarse por los genuinos valores éticos de la vida familiar, así como por los pseudos valores que la deforman⁵.

Señalo a continuación las características que, según Mary Pypher, tienen en común las familias “sólidas”:

a) *Sólido sistema de valores.*

No rígido, no dogmático. No olvidemos nunca que un valor irrenunciable en la vida de familia es el diálogo. En su interior se promueve la libertad, al mismo tiempo que la pertenencia comprometida con la familia. Éstos son los valores que ayudan a la familia, y a cada uno de sus miembros, en la búsqueda de sentido, de guía, de proyecto y, por qué no decirlo, de deseo, de utopía y de sueños. En este sentido podríamos decir, sin exagerar, que la familia buena, a la vez que promueve la libertad, proporciona a sus miembros una brújula para navegar por mares conocidos y, lo que es más importante, por mares desconocidos.

Es evidente que, en nuestra sociedad moderna, se ha avanzado en la línea de las libertades; sin embargo, no me parece que haya habido un desarrollo tan pronunciado en la línea de la guía del proyecto de vida, de la ilusión contagiosa. En la familia moderna se ha promovido la libertad de los hijos, en ocasiones para comodidad de los propios progenitores -incluso habría que decir que, más que promover la libertad, se ha dejado de hacer más cosas y más pronto- pero, no sé si se ha tenido el mismo éxito a la hora de presentar a los hijos ilusión, fidelidad, cariño, comprensión, firmeza, compasión... ¡Cuántas decisiones sobre los hijos, permisos, asignación semanal, estudios, etc., se toman para quitarse un peso de encima, o para reducir el nivel de angustia, o para no parecer demasiado anticuados ante nuestros hijos y ante nuestros amigos! En el sentido a que me refiero, es evidente que se trata de respetar la libertad de los hijos, no sólo porque tengan derecho a ello, que lo tienen, sino porque verdaderamente no se puede educar en valores de otra manera; sin embargo, creo que conviene recordar lo que entendía S. Agustín como libertad: la capacidad que tiene el ser humano para elegir hacer el bien.

⁵ Cfr. M. Vidal, ‘La nueva frontera ética de la familia’, *Sal Terrae* 1986/05, pp. 351-366

Si aceptamos que la familia sólida es aquella que promueve valores sólidos, podemos hacernos una pregunta amable: ¿Qué valores ayudamos a cultivar en nuestras familias en concreto? Dicho de otro modo, ¿Trabajamos porque cada familia tenga un proyecto educativo familiar? Desde la respuesta que demos cada uno a esta pregunta, hagámonos otra: ¿Favorece la sociedad en la que vivimos esos valores, o va contra ellos? ¿Qué valores reciben padres e hijos de la sociedad?

En mi opinión, aquí se da una fisura entre los valores deseables en la familia y los valores que vienen de la sociedad.

b) *Respeto por la diversidad.*

En estas familias se respira un auténtico respeto por la individualidad; no solamente tolerancia, sino respeto y aceptación. Un profundo sentido de pertenencia, que es necesario para que una familia funcione, no significa uniformidad clónica; el sentido de pertenencia a la familia –como a cualquier institución- si es auténtico, es compatible con el respeto a la originalidad, a la irrepitibilidad de cada persona. Yo estoy convencido de que es tarea de la familia hacer sentir a cada uno de sus miembros que es alguien especial. En una familia sana se discute, no todos los miembros piensan igual, no hay portavoces garantes de la disciplina de partido; no es deslealtad el hecho de no estar de acuerdo, por el contrario, el disenso puede ser una ocasión para más unión, para más diálogo.

Este respeto por la diversidad es crucial para el futuro, no sólo de las familias, sino de las instituciones y de las sociedades modernas. El respeto de que hablo precisa de algo muy importante por parte de los padres: saber mandar. Ser moderno, tolerante, dialogante, buen padre o madre, no consiste en no mandar; la alternativa a los padres tiránicos no es solamente la de los padres permisivos, los padres “guay del Paraguay”, tan adolescentes o más aún que sus hijos... Mandar es un arte que consiste, entre otras cosas, en no cruzar la frontera entre el ejercicio de la autoridad y el abuso de poder.

En este sentido, un objetivo mínimo consistiría en que los mandatos no nazcan de la comodidad, sino del cariño y del deseo de enseñar y de humanizar. Yo creo que no debemos dar esto por supuesto, como creo que parte del éxito consiste en no tener miedo a la disciplina, palabra que, a comienzos del siglo XXI, parece peligrosa, y puede sonar incluso a falta de libertad y a “entrenamiento del cuerpo de marines de los EEUU”... Está claro que no me refiero a eso; disciplina viene de la misma raíz latina que discípulo; disciplina es el arte de aprender, de comprender; disciplina tiene que ver con la práctica, con el ejercicio, con la experiencia; y también con el ejemplo dado por el maestro.

Podríamos decir que, mientras doctrina hace relación al mundo de la teoría, disciplina dice relación al mundo de la práctica; ambas son necesarias, pero me temo que hemos dado más importancia a la una que a la otra. A menudo, hijos y educandos reciben de los adultos más ideas que ejemplos de vida. Recibir y transmitir ideas es condición necesaria, pero la vida nos enseña que los ejemplos coherentes y creíbles son los que nos seducen y nos arrastran.

¿Qué reciben hoy los hijos de sus padres, ideas o ejemplos de vida? ¿Qué reciben las familias de la sociedad y sus instituciones: ideas o ejemplos de vida? ¿Qué tipo de ideas, qué tipo de ejemplos de vida se nos transmiten desde la sociedad?

c) *Saber estar y saber no estar.*

En una familia sólida, los padres están presentes emocionalmente, pero no omnipresentes; es algo difícil pero muy importante. Dicho con palabras de Mary Pypher, *los padres deben ayudar cuando es necesario, pero no deben ayudar cuando no es necesario*. Si se exige demasiado, demasiados retos, demasiados desafíos, demasiada presión... se puede sobrecargar; pero si no se exige ningún reto, se les hace la vida fácil, se accede a todo lo que piden, se corre el riesgo de hacer a los hijos inmaduros, “psicológicamente fofos”. Se trata de encontrar el justo medio entre estos dos extremos viciosos; en definitiva, se trata de proteger y saber cuándo dejar de hacerlo. Esta segunda parte es más complicada que la primera; sin embargo, no es malo, sino muy sano, dejar que los hijos se enfrenten a las dificultades y aprendan a mirar de frente las frustraciones, y la tarea de la familia es doble: construir un buen nido, pero enseñar a volar.

Ahora bien, obviamente no se trata de curtir a los niños y a los jóvenes como si fueran piezas de cuero, sino de dejarles ser auténticamente humanos, de dejarles palpar su humanidad. Yo creo que hay sufrimientos que no es justo que se los ahorremos a las generaciones jóvenes. Cuando doy charlas en Escuelas de padres y madres, les suelo decir lo siguiente: “Cuando sospechéis que estáis sobreprotegiendo a vuestros hijos, puede ser útil que os preguntéis con sinceridad qué os mueve a actuar, ¿el crecimiento en humanidad de vuestros hijos, o la reducción de vuestra ansiedad? En definitiva, ¿estáis protegiendo a vuestros hijos u os estáis protegiendo a vosotros?”

De la misma manera que no es conveniente estar tomando continuamente antibióticos porque nuestro cuerpo tiene potencial suficiente para capear muchos temporales, tampoco es necesaria la sobreprotección de los hijos en otros ámbitos. Es muy importante confiar en los niños y en los jóvenes, y dejar que se hieran... dentro de un orden, por supuesto, porque hay una serie de peligros de los que sí tenemos que protegerlos. Se trata de que aprendan a nadar con el salvavidas puesto, no de inscribirles en un curso de “puenting”.

Sin embargo, yo creo que, en los tiempos que corren, el peligro no está en la exageración del “puenting”, sino en el hecho de que, en ocasiones, contratamos a salvavidas profesionales cuando metemos a los niños en la bañera de nuestra casa... En una familia sólida se amplían paulatinamente -ni demasiado pronto ni demasiado tarde- los límites de la libertad de los hijos.

¿Respetamos la cultura ambiente esta velocidad, o nos anima a cambiar velocidades? ¿No se estarán empezando algunas cosas antes de tiempo? ¿No se estarán retrasando excesivamente otras?

d) *Esperanza.*

Es otro elemento importante; son familias que alzan la vista y miran hacia delante; familias que, sin negar la realidad, sin mentir, sin disfrazar los problemas ni el dolor, son capaces de soñar un futuro mejor. Son familias que se enfrentan a los problemas, no pretenden vivir entre algodones.

Se trata, no sólo de esperanza sino también de sinceridad, de afrontar los problemas, de no esconder la cabeza bajo el ala... En este sentido las familias sólidas intentan llamar a las cosas por su nombre.

Khalil Gibran dice en “El profeta”: *Vosotros sois los arcos desde los que vuestros hijos, como flechas vivientes, son lanzados hacia el futuro...* La imagen no puede ser más hermosa, pero hay que tener cuidado porque habla de “flechas vivientes”, no de tarugos amorfos de madera en bruto... Es necesario trabajar por y para esas flechas vivientes, que no caen de los árboles ya acabadas y perfectamente hechas. A la vez, es necesario tener la esperanza de soñar un futuro mejor hacia el que lanzarles, futuro que, en ningún caso será ya nuestro, sino que será tarea, trabajo y aventura suya, no nuestra.

En mi opinión, una de las tareas más importantes con las que se encuentran unos padres es la de educar en la esperanza y para la esperanza. No estaría de más leer uno de los últimos escritos de Paulo Freire, que se titula precisamente “Pedagogía de la esperanza”. Esperanza que nos hace soñar y trabajar por el futuro; esperanza que nos hace celebrar el presente, y esperanza que nos hace recibir con gratitud nuestro pasado. Resumiendo, esperanza que nos hace personas.

Hablaba antes de sinceridad; en este ámbito, considero capital cuidar la relación de la pareja. Me atrevería a decir que uno de los recuerdos más importantes que, sin duda, van a tener los hijos de sus padres, es la imagen que reciben de su relación conyugal, cotidiana... los hijos saben si la relación de sus padres está basada en el amor, en el respeto, en la libertad, en la igualdad; en definitiva, los hijos saben si sus progenitores son o no sinceros, si viven o no en verdad. Parafraseando una columna de Rosa Montero, los hijos saben si los padres son capaces de cuidarse en la enfermedad, de sonreírse en el momento justo, de llorar juntos, de ayudarse en sus trabajos, de apoyarse en los momentos de debilidad y de reconocerse en los momentos de fortaleza... los hijos saben si los padres son capaces de mirarse viéndose y de oírse escuchándose... Los hijos saben si sus padres son capaces de salir de sí mismos y son capaces de inventar el milagro de un territorio en común.

¿Son nuestras familias escuelas de esperanza? ¿Vivimos en una sociedad donadora de esperanza?

e) *Compasión.*

En las familias sólidas se sabe que no hay experiencias despreciables o carentes de valor si nos enseñan algo. Es posible aprender humanidad, compasión, tolerancia, aprender a perdonar y ser perdonado, aprender a aceptar en profundidad, a descubrir el sentido en mitad del sufrimiento... ¡Qué bien nos

vendría recordar los grandes escritos de Víktor Frankl. Una familia sana está compuesta por personas que saben que nada está perdido; con personas que descubren lo positivo en mitad de lo negativo, la belleza en medio de la fealdad, la solidaridad en medio de la opresión.

Así entendida, la familia se convierte en un lugar donde podemos cometer errores sin sentirnos inútiles, menospreciados e indignos.

¿Nos ayuda en este sentido la sociedad? ¿Prestan nuestras familias oídos a iniciativas ciudadanas solidarias?

f) *Es posible disfrutar.*

Porque la familia está, entre otras cosas, para disfrutarla, para pasárselo “bomba”... Es el lugar en el que somos capaces de quitarnos las caretas, de estar en zapatillas; es el lugar en el que podemos llorar de risa, en el que podemos crecer divirtiéndonos y disfrutando de la compañía y el cariño de otros. En palabras de Mary Pypher, *las familias sólidas encuentran modos de hacer el tiempo sagrado, de hacer días especiales*. El componente lúdico es, a mi juicio, uno de los pilares básicos de la familia porque ella es el lugar en el que podemos ser espontáneos.

¿Qué considera la sociedad que nos rodea como placentero? ¿Cómo nos invita a disfrutar? ¿Qué consideran nuestras familias como placentero? ¿Qué invitación hay, dentro de la familia, a disfrutar?

En este ámbito considero que es muy importante para las familias, pues ahí se juegan algo muy importante, el ser activos frente a las influencias que vengan de fuera. Por supuesto que del exterior recibimos una gran cantidad de cosas positivas, que pueden ayudar eficazmente a la familia; pero también existen influencias negativas. No todo es bueno, ni siquiera neutral; no todo da lo mismo; no es lo mismo, por ejemplo, un juguete que fomente el trabajo en grupo que otros juguetes que, ingenua pero eficazmente, van troquelando en nuestros niños actitudes belicistas o sexistas. Yo creo que es innegable que el niño que juega con la “PlayStation” está aprendiendo cosas muy distintas que el que juega con otros niños a baloncesto, al ajedrez... o el que pasa también los fines de semana paseando con sus padres. Un niño aprende también cosas muy distintas viendo un documental de “National Geographic” o viendo “El Tomate” o Los Simpson”...

Éstas han sido las características de las familias sólidas que he creído importante destacar. Como decía al principio, no se trata de una lista exhaustiva, ni tampoco cerrada. Confío en que sirvan de ayuda para una reflexión posterior; al menos mi objetivo en este primer punto ha sido hacer caer en la cuenta de las características de una familia deseada o deseable.

2. ESCUCHAR LAS PREGUNTAS REALES

Hace ya veinte años, Marciano Vidal escribía lo siguiente: *La comunión de personas dentro del hogar, y su conciencia de solidaridad con el conjunto de la sociedad, constituyen la nueva frontera ética de la familia. Estos dos valores forman el núcleo del “ethos” familiar, frente a los pseudovalores propiciados por sistemas éticos deformados y deformantes. La ética de la comunidad solidaria es la propuesta básica para orientar el futuro ético de la familia⁶.*

Yo creo que toda propuesta que tenga pretensión de validez para orientar el futuro ético de la familia, debe tener presente las preguntas concretas y reales que hoy se formulan nuestros contemporáneos.

Aunque sin duda puede haber más, creo que los grupos de preguntas más frecuentes a las que se enfrenta una familia de hoy, preguntas que evidentemente conllevan decisiones éticas, son las siguientes:

a) *En relación a la educación y formación de los hijos:*

¿En qué educar? ¿Cómo? ¿Es válido lo que hemos recibido? ¿Cómo conjugar autonomía con responsabilidad? ¿Cómo conjugar libertad con normas?

Yo creo que se trataría de educar a las jóvenes generaciones en la generosidad, es decir, el arte de dar. En la gratitud, es decir, la expresión de la satisfacción del recibir...

En la amabilidad, que hace a las personas dignas de ser amadas. En los buenos sentimientos, que implica domesticar nuestros sentimientos. En el buen humor y la alegría. En el buen carácter. En la aceptación y el manejo del dolor...

Educarles en la libertad, no en el “todo vale”, sino en el uso de la razón como signo de madurez, para saber enseñarles que “elegir es renunciar”. Educarles en la responsabilidad, es decir, saber que nuestras acciones tienen repercusión, consecuencias más allá de nosotros. Educarles en la aceptación y atención a las diferencias, que no en el sexismo...

Educarles en la autoestima, pero en la solidaria, no en la narcisista. Educarles en el buen gusto, en el respeto y, sobre todo, también en la voluntad, que no es lo mismo que educarles en el deseo⁷.

¿Son capaces los niños de hoy de elegir lo mejor? ¿Saben decir sí y decir no, cuando hay que decirlo? ¿Saben valorarse a sí mismos y también aceptar sus propias limitaciones y fracasos? ¿Les enseñamos a amar verdaderamente?

Otras preguntas en este ámbito de la educación y formación, también mirando hacia el interior de uno mismo, hacia las normas de casa...

⁶ Cfr. M. Vidal, ‘La nueva frontera ética de la familia’, *Sal Terrae* 1986/05, pp. 351-366

⁷ Cfr. V. Camps, *Qué hay que enseñar a los hijos*, Barcelona, 2000.

¿Estoy actuando bien? ¿Soy demasiado exigente? ¿Soy demasiado permisivo? ¿Cómo y con quién contrastar? ¿Qué concepto de libertad y de felicidad transmito a los niños? ¿Vivo conforme a eso?

b) *En relación a la salud.*

¿Informar o no informar sobre la enfermedad terminal, sobre el final de la vida? ¿Evitar el sufrimiento a toda costa? ¿Hasta qué punto podemos nosotros disponer de la vida? ¿Sedamos o no sedamos a nuestros seres queridos? ¿Les damos la información completa o no? ¿Quién toma las decisiones difíciles?

En el ámbito de la salud, incluso más importantes que estas preguntas, serían las siguientes:

¿Cómo tratamos en nuestra familia la vejez? ¿Cómo tratamos en nuestra familia la enfermedad? ¿Cómo tratamos en nuestra familia la dependencia? En una sociedad en la que es mejor ser joven, guapo y rico, que viejo, feo y pobre, ¿cómo tratamos la vejez, la dependencia, la enfermedad?

En unión con todo lo anterior, pero también con casi todos los dilemas de la vida familiar, ¿La verdad por encima de todo? ¿Qué valores pondríamos por encima de la verdad? ¿Sopesaríamos los beneficios y perjuicios de decirla?

c) *En relación a las personas que trabajan en nuestra casa.*

¿Ofrezco un salario justo, o pensamos que los empresarios injustos son solamente los de las multinacionales? ¿Ofrezco un trato humano? ¿Exijo en la medida en que doy?

d) *En relación al uso del dinero.*

¿El uso que hago de él refleja lo que priorizo en mi vida? ¿Refleja lo que creo en profundidad? ¿Es para mí el dinero una fuente de compartir o un elemento de humillación, una fuente de poder?

e) *En relación al ocio.*

¿Es mi ocio productivo? ¿Qué entiendo por productivo? ¿Qué hago con mi tiempo?

f) *En relación a la sexualidad.*

¿Cómo combinar las dimensiones erótica, afectiva y reproductiva, según las pautas morales de la Iglesia Católica? ¿Qué explicamos a nuestros hijos? ¿Qué mensaje les damos sobre jóvenes y sexo? Y, la más importante en este ámbito: ¿Qué modelo de pareja estoy transmitiendo a mis hijos?

g) *En relación a la duración.*

¿Me comprometo para siempre o mientras dure? ¿Mantenemos las familias a toda costa, pase lo que pase, en la situación que sea? ¿Hasta que la falta de amor nos separe? ¿Qué grado de implicación y de compromiso tengo?

Recuerdo que uno de mis profesores, para explicarnos la diferencia entre implicación y compromiso, nos ponía un ejemplo muy plástico, que seguramente muchos de ustedes conocerán: Hay que imaginarse un plato de huevos fritos con chorizo; la gallina está *implicada*, pero el cerdo está *comprometido*...

En la relación de pareja ¿estamos implicados o comprometidos? ¿Qué tipo de relación de pareja estamos construyendo día a día?

b) *En relación a lo intergeneracional dentro de la familia.*

¿Convivimos diferentes generaciones? ¿Cómo vivimos la emancipación, o la no emancipación, de los hijos? ¿Favorecemos en nuestros hijos el famoso adagio: “Vive de tus padres hasta que puedas vivir de tus hijos”? En realidad, nos encontramos ahora en una época en la que también hay que luchar por la emancipación de los abuelos, para dejarles en paz... porque les pedimos ser otra vez padres y otra vez madres, y la naturaleza es muy sabia en eso de las edades.

i) *En relación al reparto de nuestro tiempo.*

¿Qué tiempo dedico a lo más importante de mi vida? ¿Es mi familia lo más importante? ¿Cómo concilio la vida familiar, la vida laboral y la vida personal? ¿Qué es lo urgente y qué es lo importante en mi vida? ¿No estaré confundiendo urgente con importante?

Hay quien dice que *lo único urgente de esta vida es atender lo importante.*

Cuando algo es importante, nos ocupa y nos preocupa; y cuando una cosa importante nos ocupa mucho, comienza a preocuparnos. Hay cosas importantes que atendemos menos, y a menudo esto es fuente de problemas; sin embargo, cuando algo nos ocupa, le dedicamos tiempo y atención. Si no dedicamos tiempo cuantitativo, podemos suplirlo con una atención cualitativamente buena, tiempo de escucha, tiempo que se pone uno a disposición de... Ahora bien, una atención deficiente, nunca puede llenarse con un tiempo vacío de contenidos; por lo tanto, importa no sólo el tiempo, sino el contenido de ese tiempo.

Es necesario que la familia moderna se pregunte cómo mantiene esos dos equilibrios: el equilibrio entre ocupaciones y preocupaciones y el equilibrio entre el tiempo y la atención. Panikkar dice que *hay que distinguir entre lo urgente y lo importante.* Y Luis Rojas Marcos va más allá y afirma que *hay que distinguir entre lo importante y lo esencial.*

Una pregunta ética de primer orden en la familia moderna es: ¿Qué es urgente, qué es importante y qué es esencial? Y dependiendo de lo que contestemos a esa pregunta, se trata de aplicar, sencillamente, lo que nos dice el Maestro en el Evangelio: *Donde tengas tu tesoro, ahí está tu corazón.* ¿Cuál es tu tesoro, lo urgente, lo importante o lo esencial?

Una fuente grande de infelicidad es la falta de paz que se produce al no poder conciliar la vida familiar con la vida laboral; sobre todo si la vida laboral es satisfactoria... ¿Qué podemos hacer que no estemos haciendo ahora, y que, si lo

hiciéramos regularmente, significaría una tremenda diferencia positiva en nuestra vida personal?

¿Hay algo que pueda hacer para mejorar la gestión de mi tiempo? Muchas personas, al hacerse esta pregunta, dicen que lo que les gustaría mejorar sería sus relaciones personales y profesionales, y el tiempo que dedican a su familia. Yo suelo decir que, cuando estemos en el lecho de muerte, podremos pensar muchas cosas, pero hay algo seguro que nunca vamos a pensar: ¿por qué no habré pasado más tiempo en la oficina...?

Se trata de preguntarse con honestidad, ¿qué es lo importante en mi vida, cuánto tiempo y qué tipo de tiempo dedico a lo importante?

j) *En relación a la transmisión de la fe.*

Si somos conscientes de que transmitir la fe es ofrecer un testimonio de vida, y nos lo creemos de verdad, una pregunta ética que se tiene que hacer la familia cristiana es si está siendo testimonio cercano de vida creyente.

Si transmitir la fe es provocar preguntas, la familia cristiana se tiene que preguntar si provoca preguntas y qué preguntas provoca.

Si transmitir la fe es narrar la propia experiencia, la familia cristiana se tiene que preguntar si se da la narración de esa experiencia personal en la familia.

Desgraciadamente, esto es un detrimento de la Pastoral moderna en nuestra sociedad. Las personas se acercan buscando experiencia de Dios y a veces con lo que se encuentran, no es con la transmisión de una experiencia, sino con la transmisión de contenidos... Y los contenidos son importantísimos, pero como dice la *Evangelii Nuntiandi*, es mucho más importante el testimonio.

Si transmitir la fe es dar a conocer el verdadero rostro de Dios, la familia cristiana se tiene que preguntar si está siendo verdaderamente camino de salvación y transparencia del rostro de Dios.

Si transmitir la fe es proponer la fe de la Iglesia, ¿no debería preguntarse la familia si es lo que está haciendo? Proponer no es imponer; esto, que comienza en *Gaudium et spes*, toma carta de ciudadanía en *Evangelii Nuntiandi*, y lo recoge de una manera magistral Juan Pablo II al decir que *la fe, no se impone, sino que se propone*.

Si transmitir la fe es acompañar en la búsqueda, la familia cristiana debería preguntarse si acompaña en la aventura de humanización de sus hijos, si acompaña en la búsqueda de Dios.

3. ÉTICA, FAMILIA Y PASTORAL

La familia es un agente primordial de transmisión de la fe. Tal y como leemos en el capítulo 6º de *Evangelii Nuntiandi*, “la familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia” [EN 71]

Es muy importante (y de hecho se está en ello) cambiar los discursos dominantes sobre la familia⁸. En ese sentido, la Iglesia tiene una palabra importante para acallar el discurso negativista y amargo que habla de la familia sólo en términos de divorcio, control de natalidad, relaciones prematrimoniales, homosexualidad... La familia actual se encuentra con otros problemas que le preocupan, como la conciliación del trabajo y la familia, la emancipación de los hijos, el choque generacional, la quiebra en la transmisión de la fe dentro de las familias...

Es muy importante que, al hablar de la familia, no hagamos patrimonio sólo de unas ideologías determinadas. Es muy importante que hagamos de la familia patrimonio universal, patrimonio de la humanidad. Es muy importante dejar de llamar familia cristiana a la familia nuclear católica de los años 50... porque la familia es cristiana cuando pone toda su confianza en el Señor, a través de los cambios evolutivos, y no necesita de una estructura ideal para darse. No se trata ahora de promover una vuelta a los valores familiares tradicionales como la obediencia, la unidireccionalidad de las relaciones, la asimetría de poder... sino de acompañar, como Iglesia, una recreación de los valores familiares en nuestros días, la entrega, la donación, el valor de la convivencia, la estructuración en torno a lo más pequeño, etc., a la luz de la Buena Noticia, a la luz del Evangelio.

Uno de los grandes valores de la llamada familia postmoderna es, sin duda, que ya no se estructura por leyes de necesidad, sino por vínculos de amor. Esto la fragiliza enormemente, ¡qué duda cabe!, pero también se fortalece desde esta perspectiva esperanzada que nos gustaría proponer.

El objetivo primordial de la Pastoral familiar ha de ser ayudar a esa familia concreta en su fe concreta, en sus dudas concretas, en sus problemas concretos... en definitiva, ayudar a esa familia a poner su confianza en el Señor.

Ahora bien, a mi juicio, ese objetivo primordial debería ir acompañado de una serie de objetivos de Pastoral familiar que ayudarán a esa familia concreta a alcanzar el objetivo primordial. Señalo algunos⁹:

- 1) Proteger a las familias; darles un lugar para construir su identidad.
- 2) Conectar a las familias con otros; ayudar a las familias a construir sistemas de apoyo.
- 3) Ser proveedores de esperanza; estimular a las personas para que miren hacia atrás con orgullo y hacia delante con esperanza.

⁸ Cfr. Provincia de España de la Compañía de Jesús. *Nuestra Misión y la Familia*. Madrid, 2003, 8-9.

⁹ Buena parte de estos objetivos están basados en los objetivos que, a juicio de M Pipher (cfr. o.c. 134-153), deben ser buscados en la terapia familiar. Los recojo y los aplico al ámbito que nos ocupa en esta charla.

- 4) Ser proveedores de respeto.
- 5) Ayudar a las personas a distinguir entre pensamiento y sentimientos, entre verdad y fantasía.
- 6) Enseñar a discernir; ayudar a las familias a desarrollar una estrategia para tomar buenas decisiones.
- 7) Ayudar a las familias a descubrir cuál es la voluntad de Dios.
- 8) Ayudar a las familias a aprender a discutir posibilidades, de forma que se incluya la opinión de todos.
- 9) Enseñar empatía; ponerse en el lugar del otro; padecer con el otro.
- 10) Promover la autenticidad y la creatividad; ayudar a las personas a definirse desde dentro, en lugar de dejar que la gran cultura les defina desde fuera.
- 11) Ayudar a las familias a que se sobrepongan a lo que Eugene Biser llama *la herejía emocional*, un tipo de herejía en la cual estamos cayendo sin darnos cuenta; la herejía emocional es la falta de esperanza, pensar que este mundo no hay quien lo arregle, que esta Iglesia no hay quien la cambie; pensar que uno es un desastre y que no tiene solución... Sería la postura de quien piensa que *Dios ha muerto, el hombre ha muerto y yo no me encuentro nada bien...*
- 12) Promover apertura y animar a las personas a encarar el dolor; ayudar a las personas a enfrentarse a los problemas, en lugar de rodearlos. En este ámbito, sería ayudar a las personas a “hacer su cuaresma, es decir, caminar hacia Jerusalén”.
- 13) Ayudar a las familias a reducir la ansiedad, a hacer frente al estrés.
- 14) Ayudar a las familias a controlar el consumo, la violencia y las adicciones.
- 15) Ayudar a los miembros de la familia a encontrar equilibrio entre individuación y relación, entre autonomía y comunión.
- 16) Promover moderación y equilibrio.
- 17) Fomentar el humor.
- 18) Ayudar a la gente a construir un buen carácter; ayudar a las familias para que permitan a sus miembros llegar a ser todo lo que pueden ser.

En resumen, podemos decir que, *frente a una imagen negativa de la familia y frente a determinados valores sociales en alza, la familia —y en el ámbito de nuestra reflexión la familia cristiana— es, o debe ser, un espacio privilegiado por excelencia. La familia tiene que remar contra corriente, y de nuevo como en etapas anteriores, de este papel va a salir reforzada, porque la familia representa, en este contexto, cinco grandes valores:*

1 – *En un mundo individualista, la familia nos enseña a buscar relaciones personales basadas en la fidelidad y la confianza.*

2 – *En un mundo apresurado donde prima la eficacia, la familia nos enseña el valor del largo plazo.*

3 – *En un mundo donde prima la competitividad y el afán de poder, la familia nos enseña el valor de la igualdad.*

4 – *En un mundo donde prima la productividad y la apariencia, la familia nos enseña a acoger a los más débiles y que las cosas esenciales son siempre gratuitas.*

5 – *En un mundo donde todo vale, la familia nos enseña a apreciar los valores¹⁰.*

Me gustaría terminar esta charla de la mano de Florencio Segura, quien decía que *hay momentos en la vida en que necesitamos hacernos, con absoluta honradez, una pregunta que a veces nos da mucho miedo hacernos, porque tememos la respuesta; se trata de una pregunta bien sencilla y bien difícil: ¿Soy feliz? ¿Sabes en qué consiste exactamente la felicidad? En que coincidan tu “debo” y tu “quiero”. Es decir, tú tienes en tu vida dos experiencias hondísimas, la del deber y la de la libertad; si haces lo que piensas que tienes que hacer, estás haciendo el “debo”; pero si, al mismo tiempo que lo haces, lo haces porque quieres, libremente, no a regañadientes, no porque te obligan... entonces estás haciendo tu “quiero”. Cuando coinciden tu “debo” y tu “quiero”, eres feliz. Y el desajuste de cualquiera de estas dos experiencias te provoca una experiencia de vacío o una experiencia de esclavitud; en ese momento dejas de ser feliz.¹¹*

Muchas gracias

¹⁰ Provincia de España de la Compañía de Jesús. *Nuestra Misión y la Familia*. Madrid, 2003, 47-48.

¹¹ F. Segura, *Ocho días de Ejercicios*, Santander, 1992, p. 35.

DIALOGO

P. *Sobre familia, publicidad y consumo.*

R. No sé si los que se dedican a la publicidad saben como transmitir la fe, pero sí saben cómo transmitir y crear necesidades. Y en este sentido, creo que la familia es una diana de la publicidad. El tema del consumo, del que voy a dar sólo un apunte, bastaría para un ciclo de conferencias; es un tema que a mí me interesa y me preocupa porque hay una cierta tendencia a pensar que educar bien significa “ahorrar a nuestros hijos aquellos inconvenientes que nosotros hemos tenido, hacerles la vida más fácil, que tengan lo que nosotros no hemos tenido...”; y la publicidad, que no es tonta, entra por ahí... Sin embargo, ese planteamiento es falso; yo siempre les pregunto a los padres si no caen en la cuenta de que son buenas personas gracias a que han pasado por donde han pasado... A esto me refería antes, cuando he dicho que hay una serie de sufrimientos que no hay que ahorrar a los hijos; habrá que evitarles otros, pero no hay que sobreprotegerlos.

El tema del consumo tiene también que ver con el hecho de que, como los padres pasan cada vez menos tiempo en casa, los hijos, “grandes psicólogos”, saben qué teclas hay que tocar. Como sabéis, en un mundo en que no se concilia, o se concilia mal la vida laboral y familiar, hay tres patologías básicas: la del “niño de la llave”, la de “la abuela esclava” y la del “progenitor culpabilizado”, que intenta suplir la falta de tiempo y de atención con cosas... Es algo parecido a lo que nos pasa a nosotros en el ámbito de nuestra espiritualidad, cuando pensamos que esos “vacíos” que tenemos los vamos a tapar con cosas, en vez de aceptarlos. De alguna manera, queremos maquillarnos para que eso no se note.

No hay que perder de vista tampoco el hecho de que, en mi opinión, los padres actuales están mucho más indefensos de lo que lo estaban los nuestros; creo que son padres que tienen mucha más dificultad para pronunciar determinados adverbios, sobre todo los de negación; hay muchos padres que sólo los pronuncian en presencia de profesores, pero no a sus hijos.

Creo también que hemos malentendido algunas cosas; pensamos que la frustración es negativa y produce traumas... Según mi experiencia profesional, sobre todo en el ámbito de la consulta y la orientación familiar, nos encontramos con que “a cualquier cosa llaman chocolate las patronas”, es decir, llamamos trauma a cualquier cosa: Sí es un trauma que un padre abuse de su hijo, pero no lo es que un padre no le compre la PlayStation 3...

También vivimos en una sociedad en la que hemos confundido problemas con inconvenientes. Pensamos que los inconvenientes son problemas y, de alguna manera, queremos ahorrar a las generaciones jóvenes los inconvenientes. Soy de los que piensan que hay muchas familias que educan bien a sus hijos, y que actúan de contención y con contención ante el consumo; lo tienen difícil, pero las hay y creo que ahí es donde hay que agruparse, buscar ayuda, ir a una los dos miembros de la pareja...

Desgraciadamente, tanto en matrimonios rotos como no rotos, la coordinación entre los miembros de la pareja no suele ser como debiera; es más, en el ámbito de las familias donde se da la separación y el divorcio, muchas veces el tema del consumo se utiliza como arma arrojadiza, compensatoria y sustitutoria...

No descubro con todo esto ningún Mediterráneo; sólo abro el abanico de un sinfín de posibilidades, aun sabiendo exactamente que el enemigo entra en casa y nosotros le abrimos la ventana... Por eso me refería al “niño de la llave”: los hijos de nuestras generaciones están viendo la tele solos, están en casa solos, se conectan a Internet solos, juegan a la consola solos, meriendan y arrasan la nevera solos... en definitiva, ¡están solos!

El programa de TV más pernicioso y el anuncio de TV más invasivo, si el niño lo ve con su padre y su madre al lado y hablan sobre él, puede ser una experiencia positiva; mientras que el mejor de los programas y la mejor de las publicidades, si el niño la ve sólo, puede ser negativa.

Tampoco podemos rasgarnos las vestiduras, porque vivimos en una sociedad en la que ese ámbito de consumo y consumismo también se da en los mayores; lo que pasa es que nosotros tenemos otro tipo de juguetes y consolas...

P. *¿Cómo repercute en la transmisión de la fe de los hijos la separación o divorcio de los padres?*

R. En el ámbito de la terapia y de la formación siempre hago hincapié en que estas parejas sepan que no se divorcian de sus hijos. Hay parejas separadas o divorciadas que verdaderamente han vivido como una misión en común la educación de sus hijos; pero hay otro porcentaje que lo vive como una competencia... es un reino dividido.

Por supuesto, soy de los que piensan que mejor que una familia de pesadilla es un buen divorcio; pero tenemos que caer en la cuenta de que las separaciones y los divorcios les afectan a los hijos siempre en negativo. Una cosa es que, a veces, sea el mal menor, pero para el niño, evidentemente, el hecho de que sus padres se separen es algo negativo. No vamos a hablar del “estigma del divorcio”, como dicen algunos autores exagerándolo, pero indudablemente eso queda ahí; es lo menos malo, pero es un mal...

En mi experiencia he tenido que llegar a mediar entre una pareja separada sobre dónde tenía que ir el niño a catequesis, por algo tan sencillo como dónde iba luego a hacer la primera comunión... El problema es que, cuando dos personas entran en guerra, hay que educarles en que los niños no pueden ser los prisioneros de esa guerra. En muchos casos es así, pero también es cierto que en muchos casos la transmisión de la fe no se rompe... y no se rompe gracias a las abuelas; son ellas las que lo evitan. Estoy convencido de que muchos niños se bautizan hoy en la fe de sus abuelos, no tanto en la de sus padres.

P. *Agradecimiento por la exposición, aunque le ha parecido demasiado ideal; porque hoy hay diferentes modelos de familia y, en general, la realidad de la mayor parte de las familias no es tan maravillosa como aquí se ha presentado.*

R. Los elementos de las familias sólidas que he señalado pueden darse, y de hecho se dan, en diferentes modelos de familia. Por supuesto que, en ninguno de los casos que Vd. me dice, Dios queda fuera... ¿cómo va a quedar Dios fuera de algo en donde están comprometidos hijos e hijas suyas...?

Indudablemente, como lo cristiano es profundamente humano, hay muchos elementos de lo cristiano que valen también para personas no creyentes y para personas que están en otros proyectos éticos. A mí me parece que hay elementos del cristianismo que son universales, como los hay del marxismo. En ningún momento he querido, por ensalzar el tema del padre y de la madre, rebajar de grado o minimizar otras realidades; al menos no ha sido ésa mi intención. Yo estoy convencido de que todas las preguntas éticas a que me he referido, se pueden aplicar a todos los ámbitos que, hoy por hoy, se entienden socialmente como familia.